

dad como valor, hizo prisionera una fuerza de rurales del Distrito, y que se encontraba allí.

Pasados algunos días, el Coronel Figueroa llegó á la hacienda de Tilapa con su fuerza: salió de Tehuacán, en su persecución, el Comandante Bolaños, enviado por la Comandancia superior.

Figueroa se retiró, siguiéndolo en persecución el mismo Bolaños, con una sección de caballería y varios piquetes de infantería de la llamada "Guardia Civil."

Como se ve, la guerra no cesaba, y el territorio del Estado, lo mismo que la República entera, estaba siendo víctima de ese terrible azote en que desaparecían á la vez los pueblos y las haciendas, los hombres y las fortunas.

A mediados de Agosto, le tocó su turno á la ciudad de Huauchinango, población liberal y floreciente, que apenas había sido visitada el año anterior por una fuerza francesa, según lo tenemos consignado en el lugar correspondiente; pero á diferencia de la primera visita, en que puede decirse, en obsequio de la verdad, que poco sufrió, esta segunda se verificó de muy distinta manera.

La población expresada, merced á su situación topográfica y á la laboriosidad de sus vecinos, disfrutaba de cierto bienestar, no obstante los rudos embates de la guerra, cuyos efectos desastrosos apenas se le habían hecho sentir.

Rica, hospitalaria, abundante en recursos de todas clases, fué la delicada presa en que clavó sus garras el tigre de la invasión, y al efecto, la madrugada del 18 de dicho mes, el Coronel Turre, con un batallón de los famosos zuavos y un piquete de traidores entró en ella; y sin que hubiera resistencia, pues la corta fuerza que la guarneecía se retiró al punto de Necaxa, fué entregada al saqueo más horroroso que pueda imaginarse.

Nada escapó á la rapacidad francesa, corriendo igual suerte las casas de los ricos y las chozas de los pobres, sin exceptuarse ni el templo parroquial, cuyos paramentos y cuyas alhajas y reliquias de los santos fueron befiados y escarnecidos por una soldadesca brutal, que después del robo se entregó á los excesos de una inmunda bacanal.

El jefe francés en estado de completa ebriedad, y encaramado en el balcón de la casa de su alojamiento, azuzaba á sus genízaros para que la obra de destrucción quedase perfectamente consumada; y éstos

que poco necesitaban de tal estímulo para saciar sus instintos feroces, se entregaron al desorden durante el corto plazo de un día y medio que permanecieron en aquella población desdichada, teatro señalado de su *inmortal conquista*.

El retorno hacia Tulancingo, punto de partida, se verificó de una madera grotesca, pareciéndose más bien al desfile de una comparsa de carnaval, pues los tales zuavos, ataviados con los desechos del pillaje, y muchos de ellos con los ornamentos sacerdotales, llevando á cuestras monos, gallinas, loros, pericos y hasta pequeños marranos, fruto del saqueo, ofrecían un espectáculo caricaturesco que mucho dió que hablar y decir al vecindario y que aún en el día es recordado con horror.

Uno de los vecinos que más sufrió en sus intereses, lo fué el acaudalado y probo comerciante Don Manuel Andrade, quien, urgido por la necesidad, formuló ante Bazaine su queja, y éste le contestó en los términos siguientes:

"México, 21 de Agosto de 1864.—Para instruir á Ud. de la conducta que debe seguir respecto de la reclamación relativa á su propiedad en Huauchinango, tengo la honra de informar á Ud. que en ningún país del mundo son responsables de sus hechos los ejércitos que obran en nombre de un Gobierno. Al Gobierno mismo debe Ud. presentar la reclamación que le interesa y *que puede ser fundada*."

La declaración del jefe del Cuerpo expedicionario, era ni más ni menos que la canonización del crimen, una de sus más repugnantes formas, pues como dice Arrangoiz, de quien tomamos la resolución que antecede: "el lenguaje del jefe del ejército auxiliar de los mexicanos que querían orden, paz y seguridad, era tan propio para ganarle partidarios á la intervención, como la conducta de sus tropas: saquear, asesinar á los habitantes de una población, á amigos y enemigos, para hacer prosélitos de una causa, es un sistema que no creo se haya ensayado hasta ahora más que por los franceses en México; su resultado es bien conocido."

La guerra que devoraba al país, y cuyo aliento de muerte se hacía sentir de manera terrible, dejaba en su tránsito, ó más bien, en su marcha asoladora, algo como un legado funesto ó herencia perniciosa, fruto de ese estado de cosas imposible de modificar.

Una pequeña agrupación de gente de combate, valiente y decidida,

pero muy dada al vandalismo, se había afiliado entre los defensores de la patria, y establecido sus reales en los Distritos de Huauchinango y Zacatlán, donde cometía algunas de sus fechorías: se les designaba con el nombre de plateados.¹

A la luz del incendio y entre los horrores de la matanza deslizábase como sombras esas larvas del crimen, esos hombres que parecían nacidos del desorden y del escándalo, y que, favorecidos por situaciones críticas, han aparecido en todas nuestras revoluciones, prestando su concurso para obtener *determinados* fines.....

Los frecuentes asaltos que sufría la plaza de Zacatlán, y la imposibilidad en que se hallaba la autoridad militar, por falta de recursos, para evitar esos ataques, la determinaron á abandonarla periódicamente, dejándola en acefalía completa y entregada á todos los inconvenientes del desamparo.

Y esa población tan liberal y progresista sufría á la vez las consecuencias de su amor á las instituciones republicanas, y de su decisión inquebrantable de sostenerlas y conservarlas.

Un gran número de sus hijos, ó sea la parte útil, defendía con las armas la autonomía nacional, y el resto, que estaba impedido de hacerlo, emigró, refugiándose en lo más escabroso de los montes y barrancas, donde careciendo hasta de lo más necesario para la vida, arrastraba una existencia nómada, llena de exigencias y peligros, y en constante agitación.

Su recinto quedó desierto; sus calles y plazas escuetas; destruídos y cerrados los talleres y los establecimientos comerciales: sin autoridades ni policía; sin alumbrado público, sin animación ni vida, aquella ciudad tan llena de atractivos en otros tiempos, sólo ofrecía ruinas humeantes y campos talados que le daban el aspecto sombrío de un vasto cementerio, donde sólo anidan los buhos y esas repugnantes aves de rapiña que se alimentan con los despojos de la muerte.

¹ Conocimos á esos hombres que prestaron importantes servicios á la patria, batiéndose heroicamente contra los franceses, los austriacos y los traidores: su Jefe, el Coronel Antonio Pérez, murió peleando valientemente durante el sitio que puso el General Díaz, á la ciudad de Zaragoza el año de 1867, y que terminó con el asalto memorable del "2 de Abril."

En el curso de estos apuntamientos tendremos ocasión de referir algunos de sus hechos más notables.

Por la noche una obscuridad densa la envolvía; y el silencio fúnebre que la rodeaba sólo era interrumpido por el triste gemir de algún perro que buscaba á sus amos, por el paso tardío de un espantado transeunte que se deslizaba á guisa de fantasma, ó por el tañido lúgubre de la campana que marcaba las horas ó señalaba la llegada de la aurora con el toque imponente del Alba.

Zacatlán era un sitio yermo donde reinaban el silencio y la soledad, pero en donde con bastante frecuencia, el ardor de la lucha convertía las casas, las calles, las plazas y los sitios más amenos de sus alrededores en múltiples campos de batalla, en los que se vertía con abundancia la sangre de los combatientes.

No se daba ni pedía cuartel; y la muerte paseaba su terrible guadaña por aquellos lugares que en otras épocas habían sido el encanto de sus moradores, pues que aparecían adornados y embellecidos con todas las galas de una excelente y rica vegetación.¹

Bajo estas circunstancias, bien tristes por cierto, tuvo verificativo un hecho escandaloso que aún se recuerda con horror.

En una de las calles céntricas vivía el honrado comerciante Don José Antonio Palacios, originario y vecino de la localidad, en la que tenía establecido desde hacía mucho tiempo un giro de botica, y al que se hacía poseedor de una inmensa fortuna, acumulada en largos años de un trabajo asiduo y de una proverbial economía.

El 2 de Septiembre fué asaltada por ocho bandoleros pertenecientes al grupo de los *plateados*, escalado á barreta y robada la casa del

¹ A mayor abundamiento, en prueba de lo aseverado, y sin otro objeto, como simples narradores que somos, que el de dar á conocer el carácter feroz de una época tan importante de nuestra historia, agregaremos: que á consecuencia del abandono en que se halló Zacatlán, por parte de sus habitantes, en esta época luctuosa, la plaza principal, lugar céntrico, punto de reunión importante, y donde se verifica el *tianguis*, se cubrió de maleza, tan grande y abundante que llegó á cubrir la estatura regular de un hombre; lo que no debe ser motivo de duda, si se atiende á lo pródiga y exuberante que es allí la naturaleza.

Lo poco de útiles domésticos que no destruyó el enemigo, fué transportado por sus dueños á su nuevo domicilio, que, como llevamos dicho, era las barrancas y los cerros, pudiéndose asegurar, sin hipérbole alguna, que en la expresada población, durante casi todo el tiempo de la Guerra de Intervención y gobierno del llamado Imperio, no quedó en las habitaciones, ni ajueres, ni camas, ni trastos de cocina, ni animales domésticos, ni nada de lo que constituye el hogar del hombre civilizado; en suma, ni siquiera una segunda pieza de ropa que pudiera cubrir la desnudez de sus habitantes.

caballero aludido, á quien, no obstante su avanzada edad, pues contaba 86 años, se le sometió á un tormento horroroso para arrancarle la fabulosa suma de dinero de que se le creía poseedor, y no obstante ese odioso é inicuo procedimiento, nada se obtuvo en el sentido de lo que se deseaba, pues el anciano, incapaz de resistir tan acerbo dolor perdió el conocimiento cuando se hallaba en el potro del tormento, y los martirizadores burlados en sus esperanzas, juzgaron oportuno abandonarlo, creyéndolo bien muerto, lo que acaeció, á virtud de las resultas, pasados tres días.

El señor Palacios, que desde la mitad del día del asalto notó los trabajos que se estaban haciendo descaradamente para robarlo, salió al balcón de su casa, pidió socorro á gritos, demandó vehementemente el auxilio de sus escasos vecinos, y nada obtuvo favorable, pues éstos, intimidados por los asaltantes que prevalidos de sus armas procedían impunemente, no acudieron al llamado, y aquel hombre honrado y benéfico, sucumbió de la manera que tenemos dicho.

Tal acontecimiento causó honda sensación, pues el finado había sido una persona recomendable por su probidad y patriotismo, habiendo prestado importantes servicios en la guerra de nuestra primera independencia, y ejercido cargos distinguidos, como el de Diputado al primer Congreso constituyente del Estado de Puebla durante los años de 1823 y 1824; Prefecto Político del Departamento; Administrador de Correos y del papel sellado, y otros más, manejándose siempre con integridad y buena fe.

Iniciador de mejoras morales y materiales, Zacatlán le debió mucho en tal sentido; y respecto de su carácter viril, firme y enérgico, dió bastantes pruebas de una y otra cualidad, circunstancia que mucho lo distinguió é hizo apreciar de sus contemporáneos.¹

¹ Siendo joven, y muy recientemente hecha la Independencia, salía de una visita en su país natal, como á las diez de la noche, cuando al pasar frente al convento de San Francisco, fué asallado brusca é intempestivamente por un lobo, corpulento animal que acababa de subir de la barranca, distante como unos doscientos metros, y que ávido de presa trató de devorarlo.

Nuestro hombre no se intimidó: aunque derribado por la fiera, que lo tenía debajo perfectamente asido de la ropa y en una posición violenta é indefendible, trabó una lucha sangrienta pero desigual; y cuando ya casi exánime por la mucha sangre que habla perdido á consecuencia de las heridas recibidas, se resignaba á morir, haciendo un último y supremo esfuerzo, pudo sacar una navaja que llevaba en uno de los bolsillos de la chaqueta, y con

Creemos, por lo tanto, cumplir con un piadoso deber, consagrándole las presentes líneas como un homenaje á su memoria, á la vez que como recuerdo de su deplorable y trágico fin.

ella hirió gravemente en la garganta á su terrible enemigo, que sintiéndose en tal estado, emprendió la fuga, cayendo de allí á poco sin vida.

Siendo aún niño el autor de estos apuntes, vió un retablo en la Parroquia de Zacatlán, hacia la entrada principal, que consignaba este hecho, que en su época mucho llamó la atención, completándolo con un sucinto relato.

